

M. MARTÍN, J. GARRUÉS y S. HERNÁNDEZ (dirs.), *El Registro Mercantil: una fuente para la historia económica*. Universidad de Granada, Granada, 2003, 339 pp.

Este trabajo colectivo tiene como nexo de unión la fuente histórica utilizada: el Registro Mercantil. Esto es lo que reunió en Granada a varios grupos de investigación y a algunos investigadores individuales, deseosos de poner en común sus experiencias en el trabajo de esta fuente y contrastar sus posibilidades. Afortunadamente, decidieron publicar sus aportaciones, haciendo partícipes de sus hallazgos al público interesado.

El libro en su conjunto hace dos grandes aportaciones. La primera es de carácter metodológico. A través de los distintos artículos se analiza en profundidad la naturaleza de la fuente, sus ventajas y sus limitaciones. Entre las primeras destaca la posibilidad de disponer de una relación exhaustiva (que no completa) y homogénea de las empresas, empresarios y capitales invertidos de una región determinada. Entre los inconvenientes está la poca cobertura de los sectores tradicionales, al sólo contabilizar las sociedades, y las irregularidades que contiene, que obligan a una explotación registro por registro para obtener una imagen fiel y evitar contabilidades múltiples. Otra limitación es la cronológica, pues es en el Código de Comercio de 1885 cuando la inscripción de sociedades se hace obligatoria y se decide que la información incluida en la anotación registral sea prácticamente una reproducción de los protocolos notariales. Para antes de dicha fecha, la mejor fuente son los propios protocolos notariales.

Aparte de proponer soluciones a los problemas que la fuente plantea, en ocasiones se explica con detalle cómo se ha abordado su explotación, cómo se han organizado las bases de datos y qué fuentes alternativas o complementarias se han utilizado cuando ha sido necesario. En este sentido, el libro pone a disposición de los investigadores que se planteen abordar un tipo de trabajo similar un “know how” acumulado de gran utilidad.

La segunda gran aportación consiste en mostrar las múltiples posibilidades de la fuente para la historia económica. Algunos de los autores la utilizan para describir, a grandes rasgos, la estructura productiva de una región, el peso relativo de los distintos sectores económicos. Otros aplican un análisis más coyuntural, de fluctuaciones de la inversión y de la economía en general en una región determinada. Otros pretenden identificar la existencia de distritos industriales, determinar los factores de localización de la actividad económica, describir la estructura industrial de determinado sector o identificar la existencia de grupos empresariales y financieros. En este sentido, el carácter colectivo del libro permite ofrecer al lector un amplio abanico de enfoques distintos que acaban por convencerle de la potencialidad de la fuente.

Precisamente es este carácter colectivo el origen de su principal debilidad. Como acostumbra a pasar en estos casos, el libro es una yuxtaposición de artículos, con estructuras

internas distintas. Algunos inciden mucho en el aspecto metodológico, otros se centran más en los resultados obtenidos. Hasta cierto punto esto es inevitable, es el peaje que hay que pagar para poder disfrutar de la pluralidad de enfoques antes mencionada. Sin embargo, se podrían haber eliminado las introducciones historiográficas de varios artículos, dado que se solapan entre sí y repiten lo ya dicho en la introducción general del volumen.

El libro consta de doce artículos. Para no extenderme demasiado, y también para fomentar su lectura, sólo comentaré cuatro de ellos.

José Antonio Miranda nos muestra, en un artículo muy bien estructurado, cómo una fuente documental puede ayudar a aplicar un concepto teórico muy utilizado en la actualidad al análisis económico del pasado. Se trata del distrito industrial, acuñado por Marshall pero que ha tenido su máximo apogeo desde los años setenta, especialmente a partir de la experiencia exitosa de la Terza Italia. Aunque muchos autores reconocen las raíces históricas de la constitución de los distintos distritos industriales actuales, pocos historiadores económicos han aplicado este concepto explícitamente, intentando testar su vigencia en el pasado. Miranda atribuye este vacío a la escasez de fuentes estadísticas similares a las que se utilizan para analizar el fenómeno en épocas recientes y propone precisamente la explotación directa de los libros de sociedades del Registro Mercantil como la mejor manera de solventarlo. Se trata de rastrear la concentración espacial de inversiones en una determinada rama productiva a través de un gran número de pequeñas y medianas empresas. Aunque la fuente consultada no recoge ni de lejos la totalidad de las empresas del sector, pues sólo contiene las que tienen forma societaria, sí que permite apreciar la tendencia.

Como muestra de los resultados que se pueden alcanzar, aplica este análisis a los distritos industriales de la provincia de Alicante: los tres especializados en calzado –Elche, Elda y Villena–, el del juguete en Ibi y el textil de Alcoy. Ello le permite situar en el tiempo el surgimiento de cada uno de ellos y, gracias a la información cualitativa contenida en los libros de registro, adivinar las interrelaciones entre empresas tan características de esta forma de organización industrial.

Hernández Armenteros, Garrués y Martín Rodríguez presentan un análisis, fundamentalmente descriptivo, de lo que es una base de datos impresionante: el vaciado exhaustivo de todos los registros mercantiles andaluces entre 1886 y 1959. En este artículo los autores se preguntan por los factores determinantes de la localización de la actividad económica. Es uno de los temas que, desde siempre, más han preocupado a los economistas, geógrafos y ciudadanos en general, pues es evidente que la actividad económica se distribuye de forma desigual por la geografía y es fundamental saber por qué determinadas zonas se desarrollan y otras no. Los autores señalan que, a nivel regional, la actividad está muy concentrada geográficamente, predominando la subregión occidental sobre la oriental. La actividad se desarrolla básicamente en unas pocas áreas, en las que frecuentemente se encuentran las capitales provinciales, y se llegan a identificar varios “ejes de localización”: el Valle del Guadalquivir, el de las Subéticas y el del litoral Mediterráneo. Esta configuración no ha permanecido inalterada durante el largo periodo considerado, pero ha habido muchos elementos de continuidad.

Para hallar los factores de localización, a veces el análisis sectorial es útil, aunque en el caso andaluz parece que sólo en unos pocos núcleos la especialización productiva es determinante para explicar la concentración. Sólo se puede hablar de distritos industriales

marshallianos en Linares-La Carolina para la minería, en Jerez de la Frontera para el sector vitivinícola, en la Vega de Granada para el azucarero y en la ciudad de Málaga para el agroalimentario. Para el resto de sectores, y a pesar de la importancia que en algunos casos tiene la proximidad a las materias primas, a la energía o al mercado consumidor, parece que las economías de aglomeración y urbanización son las que explican el alto grado de concentración de sociedades.

Los mismos autores muestran, en otro artículo, las grandes posibilidades que tiene su base de datos, al hacer un análisis del sector maderero, cuarto sector industrial andaluz durante el periodo 1886-1959: estructura industrial, formas de financiación, orígenes de capitales y empresarios, así como las distintas coyunturas por las que pasó el sector se pueden explicar a partir de la información obtenida de los libros de sociedades.

Luis Germán utiliza la información registral para identificar los principales grupos de negocio aragoneses que han protagonizado el desarrollo industrial de la región en la primera mitad del siglo XX. Primero sintetiza las líneas básicas del desarrollo industrial regional, dividiéndolo en dos etapas separadas por la guerra civil. Después hace un repaso a la evolución del sector financiero aragonés, resaltando la creación de un núcleo bancario zaragozano en la primera década de siglo y su expansión durante el periodo de entreguerras. Después de la guerra civil, los bancos autóctonos pierden fuerza frente a la gran banca mixta madrileña, debido al proceso de absorciones propiciado por el gobierno. Paralelamente, la Caja de Zaragoza aumenta su protagonismo. Una vez el lector ya está al tanto de cuál fue la evolución económica de Aragón y cómo evolucionó el panorama financiero durante la primera mitad del siglo XX, Germán pasa a la enumeración de los principales grupos empresariales autóctonos que protagonizaron dicho desarrollo económico. Es aquí donde la información cualitativa del Registro Mercantil encuentra su virtualidad, poniendo nombres y apellidos al proceso de desarrollo y, sobre todo, sacando a la luz las vinculaciones financieras existentes entre los distintos sectores económicos. El autor identifica seis grupos empresariales de capital aragonés, cada uno de ellos con intereses en algunos o varios sectores industriales de la región y casi siempre estructurados alrededor de una entidad financiera. A pesar de la presencia de capital madrileño, vasco y catalán en algunos sectores económicos, especialmente en el energético, y de cierta presencia de capital extranjero, Germán pone especial énfasis en señalar que el desarrollo económico de Aragón en el primer tercio de siglo fue protagonizado por un capitalismo autóctono, que se mantuvo, con algunos reajustes internos, en los años cuarenta y cincuenta.

MARC PRAT SABARTÉS